

zado un terrible anatema sobre los que no quisiesen oír á la Iglesia, sino tambien por la formal y explícita promesa que les hizo á todos, ya para concluir, de estar siempre con ellos hasta la consumacion de los siglos.

¿Dónde está pues, os preguntaré ahora, el fundamento de esa ceguedad inexplicable de un mundo que desconoce la dignidad suprema del sacerdocio? ¿Cómo excusar esta conducta bárbara despues de esa revolucion inmensa producida en la tierra por el advenimiento del Mesías, y de la solemnidad que con Este instituyó, dignificó, autorizó y engrandeció en sumo grado al sacerdocio? ¿No es necesario, para llegar al extremo de desconocerle, de despreciarle, de verle con tal indiferencia, no solo renunciar á la fe, sino aun despojarse del sentido comun? ¿Dónde hallar, entre todas las instituciones humanas, una mas firme, una mas poderosa, una mas visible? ¿Dónde hallar un esplendor tan vivo como el que brilla en la frente del sacerdote cristiano? ¿Dónde una elevacion comparable siquiera con la altura en que colocó Jesucristo á los que ejercen este divino poder en la tierra?

¿Qué grande, católicos, qué augusto aparece á mis ojos el hombre, cuando despues de haberle visto naufragar tantas veces con todo lo que posee de mas brillante y fuerte, le miro aparecer en el mundo dignificado con un carácter, honrado con una mision, enaltecido con un poder, que le manifiestan, no solamente como el soberano de la conciencia en toda la tierra, sino tambien como príncipe respetado y glorificado en los cielos! Yo bien sé que la divina posibilidad no tiene límite ninguno; yo bien sé que la mirada del hombre no es capaz de recorrer el horizonte infinito que la Omnipotencia tiene delante de sí: pero cuando veo que un hombre aparece como socio del mismo Jesucristo, como plenipotenciario suyo en todos los paises y en todos los siglos; cuando veo que, en consecuencia de su carácter, tiene pendiente de sus labios á todo un Dios para hacerle descender de los cielos á la tierra, y pesa en sus manos los destinos eternos de toda la humanidad, confieso que no me es posible dar un paso mas allá en la contemplacion de lo que Dios puede para engrandecer al hombre, y me veo tentado de afirmar que la dignidad sacerdotal es la mayor y la mas excelsa que su liberalidad infinita ha podido conceder á una pura criatura.

Pero no basta, hermanos míos, ver la grandeza del sacerdocio en la dignidad de su carácter, en la extension de su poder y en el objeto de su mision: es necesario contemplarle asimismo en el ejercicio y desarrollo constante de este poder, en la accion y el influjo moral de su ministerio, en el establecimiento y la marcha de la religion,

en el cuadro general de las costumbres, en las necesidades inmensas de la humanidad, en las instituciones sociales y en la carrera de la civilizacion. No basta disipar con el esplendor de su grandeza las tinieblas espesas de un mundo ciego que le desconoce: es necesario al mismo tiempo mostrar los inmensos beneficios que ha hecho constantemente á la sociedad, y los incontestables derechos de su accion al reconocimiento de todo el género humano, para confundir al mundo ingrato que le aborrece y persigue.

## SEGUNDA PARTE.

¿Veis, hermanos míos, á esas personas cuyo misterioso retiro, cuyo continente modesto, cuyo traje humilde atraen de continuo en ciertas épocas las despreciativas miradas, y provocan el odio encarnizado y excitan la rabiosa furia de un mundo ciego y carnal? ¿Veis esa tribu repartida en los altares, en los templos, en los asilos del dolor y la miseria que afligen á la humanidad; esa clase, cuyos respetos dieron un tiempo el tono á las sociedades católicas, y han disminuido á medida que desaparecen de ellas la vida de la fe, y el supremo interes de la virtud, y el deseo de la vida eterna? ¿Veis el insolente orgullo con que los sabios y los fuertes del siglo vuelven hácia ellos una mirada irónica en los instantes mismos en que celebran los misterios augustos, difunden la verdad católica ó desarrollan la accion de su poder moral en favor de las conciencias? Pues yo os diré que estos hombres del desprecio, del olvido, de la ironía, de la diatriba; estos hombres, objeto cuando ménos de la indiferencia mundana, constituyen la personalidad ilustre de una institucion que debe ser vista, no solamente como la mas augusta, la mas grande, la mas excelsa, las mas poderosa de cuantas han existido sobre la tierra; no solamente como la mas digna, soberana y superior á todas porque su inauguracion en el reino de Dios se levanta sobre todas, y las reduce á entidades puramente transitorias, á objetos pequenísimos que apenas se perciben, á una especie de nadas, que brillan para desaparecer; sino tambien como la mas fecunda para producir todo linaje de bienes entre los hombres, como el instrumento de esa gran restauracion obrada en el mundo entero desde el establecimiento del cristianismo, como la depositaria de la verdad eterna, la maestra de la razon, la reguladora de las costumbres, la tutela de las leyes, el apoyo de las instituciones sociales, y la garantía permanente de la feli-



ciudad. Consagrada por mas de diez y ocho siglos al servicio de la humanidad entera, trabajando incesantemente para defender la verdad, estirpar los vicios, plantar y propagar la virtud, estrechar mas y mas los vínculos entre Dios y el hombre con la accion de su ministerio, y aun impulsar todos los adelantos científicos, los progresos de las artes, dignificándolas y engrandeciéndolas, difundir la civilizacion, y socorrer constante y universalmente las inmensas necesidades que aquejan á la menesterosa humanidad, es hoy, como siempre ha sido, y no dejará de ser nunca, la clase benemérita por excelencia para con todo el género humano. ¿Dónde hallaréis, católicos, una virtualidad para el bien como la de estos hombres que, obrando á la par sobre lo mas pequeño y lo mas grande que arrastran los siglos en su curso, alivian con la caridad la miseria, enfrenan con su poder las pasiones aun cuando aparecen colocadas bajo el sólo, y con las garantías de la conciencia y de la lei, y con las reservas de una responsabilidad eterna, salvan la subsistencia del orden público en todas las sociedades?

Si yo pretendiese comprobar los inmensos méritos del sacerdocio, señalando uno por uno á los ojos de vuestra admiracion los monumentos que ha dejado en su dilatada y laboriosa carrera, los esfuerzos supremos que ha hecho siempre por salvar de la herejía y del error la doctrina y la ciencia, poner las virtudes á cubierto de la contaminacion de los vicios, dilatar los dominios de la piedad, fecundar los sentimientos de esa virtud expansiva que abre sus brazos á todos los hombres, aliviar las pesadumbres, curar las heridas, remediar las miserias y enjugar las lágrimas de la humanidad atribulada, no acabaria por cierto; pues una empresa de esta naturaleza traspasa con mucho los límites propios de esta clase de discursos. No, católicos: la hoja de los servicios que ha prestado el clero á todo el género humano está representada en la inmensa voz de la tradicion de diez y ocho siglos, en los innumerables volúmenes de la historia, en los mas grandiosos monumentos que han poseído y poseen todos los pueblos desde mucho ántes que se consumara el triunfo de la milicia sagrada despues de una guerra de tres siglos sobre el paganismo y sus césares. No es posible ciertamente mencionar cada uno de los pormenores cuando se trata de una accion fecundísima y en cierto modo infinita, que no ha dejado ni un solo día de obrar y favorecer á los hombres. Mas, ya que es preciso decir algo, ya que es preciso acomodar en cierto modo la noble defensa del sacerdocio á la ruda y odiosa guerra que se le hace, y ya que se le ataca en el orden religioso, moral y social, echemos una ojeada sobre estos tres órdenes; pues no se necesita otra cosa para

resumir en cierto modo los grandes beneficios que la humanidad entera debe á esta institucion venerable.

¿Quién duda, hermanos míos, que el primero, el mas grande y el mas fecundo bien que pueden disfrutar los individuos y los pueblos es el de conocer y profesar una religion verdadera? ¿No es la religion el vínculo que une al Criador con la criatura, el secreto que aproxima el cielo á la tierra, el depósito de esas verdades que, disipando las tinieblas de los siglos ponen á plena luz el origen de todas las existencias, el objeto de la creacion, el código de la conducta, el cuerpo de los principios universales en que se funda la perfeccion individual y social? ¿No es la religion el gran derrotero de los caminos de la dicha, por explicarme así, la virtud por excelencia que sostiene al hombre individuo, al hombre familia, al hombre nacion, al hombre en todas sus situaciones diversas, hasta realizar sus mas nobles y santas aspiraciones á la felicidad? ¿No es la religion el primer objeto que descuella en el pensamiento y accion de todos los pueblos? ¿No es la religion el centro de ese mundo misterioso que cautivó desde la antigüedad mas remota la inteligencia y el genio de todos los filósofos y de todos los sabios? ¿No es la religion el por qué de la constante accion de la Providencia sobre la humanidad, el pensamiento que inspiró al Criador el designio de hacer al hombre á su imagen y semejanza? ¿No es la religion la causa que movió á la misericordia divina para reparar las ruinas del Paraíso con las promesas magníficas de un Redentor? ¿No es la religion el carácter dominante de todo lo que hai de mas ilustre, noble y elevado en la historia de los antiguos patriarcas, de los profetas y de todas las instituciones del pueblo de Israel? ¿Cómo pues, católicos, ha podido llegar el hombre al extremo de ceguedad y embrutecimiento que es necesario para negar la primacia, desconocer el carácter y atacar los derechos supremos de la religion? ¿Cómo es posible, dado caso que no se llegue hasta estos extremos, admitir la idea en el orden especulativo, y negar la institucion en el orden práctico? ¿Cómo es posible reconocer la existencia de la institucion, y eliminar de ella al sacerdocio católico? ¿Cómo es posible conocer las relaciones esenciales que entre éste y aquella existen, y no rendir á la respetable personalidad del ministerio los tributos de reconocimiento que por derecho le corresponden?

Pero el hecho es que tal ha sido siempre, y no dejará de ser nunca, el carácter distintivo de la ingratitude. Enconada siempre contra su víctima, tiene que hacer una carrera de inconsecuencias, tiene que sacrificar ante todo sus convicciones, tiene que cerrar sus ojos para no ver la luz, tiene que lanzarse á la desvergüenza mas



desenfrenada para destruir y arrasar todos los diques levantados para contenerla, por la historia, el sentimiento público y la razón común. Este ha sido en todos tiempos el cuadro que presenta la ingratitud en su lucha con la noble munificencia, en su rebeldía contra la caridad, aun en los momentos mismos en que recibe las benignas influencias de sus instituciones.

¿Será extraño, católicos, en vista de esto, que la acción del sacerdocio en la tierra presente unidos en la historia lo que la caridad tiene de más heroico para favorecer al género humano, y lo que la ingratitud tiene de más horrible para explicar su encono contra la beneficencia fecunda é infatigable de los operarios evangélicos? El hecho es que los anales del cristianismo hieren al entendimiento y al corazón á cada paso con este lamentable contraste, y no parece sino que, para hacer el bien, es necesario resolverse de antemano á reportar las consecuencias de la más odiosa ingratitud. Sin embargo, la caridad, gran principio que anima constantemente á la Iglesia y que forma su espíritu, es benévola, es paciente, sufrida, según la bella expresión de San Pablo: no busca la propia gloria del hombre, sino la gloria de Dios: no envidia los bienes perecederos de la tierra, sino que siempre anhela por las delicias inefables del amor divino; y como vive siempre de Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo, nunca por motivo ninguno se cansa ni retrae de hacer el bien y hacerle sin medida. Si el sacerdocio, hermanos míos, á ejemplo de la sabiduría y del heroísmo del siglo, no tuviese otra mira que buscar sus propios intereses, su comodidad y su elevación aquí, no hubiera podido ni aun dar sus primeros pasos, en vista de los obstáculos que desde el origen de su carrera le presentaban constantemente las pasiones. Pero como no ha trabajado nunca sino en el sentido propio de su institución, como el pensamiento, la palabra y la acción fecunda de su ministerio se dirigen y encaminan á la gloria de Dios, tienen por objeto cumplir sus designios en la tierra, por código el Evangelio, y por modelo á Jesucristo mismo, no hizo alto nunca en las contradicciones humanas, ni la guerra de la ingratitud con que fué siempre correspondido ha podido contener jamás los esfuerzos heroicos de su celo.

Vedle, si no, acometiendo á la empresa de cambiar la faz religiosa del mundo, de someter millones de idólatras á la creencia de la unidad de Dios, naciones enteras miserablemente hundidas en el inmenso piélago de los vicios, á la lei severa de la expiación, al culto de la penitencia, al sacrificio heroico de la más universal y constante abnegación. Representaos, hermanos míos, lo que era el mundo todo respecto de la religión y la moral en aquellos tiempos en

que tuvo su inauguración solemne la divina institución del sacerdocio; y á la vista del maravilloso cambio que al cabo de algún tiempo sufrió el mundo en fuerza de la predicación evangélica, de la solicitud sacerdotal en todas líneas, quedaréis tan profundamente convencidos de los incomparables méritos del sacerdocio, como asombrados de la monstruosa ingratitud con que se le juzga, y del odiosísimo encono con que se le ha perseguido.

En efecto, católicos: no puede traerse á la memoria ninguna de aquellas épocas, ni aun la más ilustrada y culta de la antigüedad pagana, sin estremecerse de espanto á la vista de aquella prodigiosa y casi inconcebible corrupción. Todo estaba desquiciado, todo había sufrido la más abominable transformación, todo sin excepción, desde la cuna hasta el sepulcro en la carrera de la vida, desde el techo doméstico hasta la sociedad civil, desde las Pirámides hasta el Capitolio. ¿Qué diré de la religión? La creencia de aquellos pueblos, perdiendo el instinto de la divinidad á medida que multiplicaba sus dioses, degeneró por el carácter monstruoso del culto en una bárbara y abominable superstición en los pueblos, y en un ateísmo más ó menos disfrazado pero muy fácil de descubrir en los filósofos. Al lado de la casta Vesta descollaban los altares de la prostituta Venus, y bastaba ser un monstruo en cualquiera género para llegar á los honores del apoteosis. Los vicios más odiosos y repugnantes á la par que las virtudes, los impostores á la par que los sábios, las bestias á la par que los hombres, los seres inanimados á la par que los brutos, divinizados por el entusiasmo bárbaro y carnal de un pueblo ciego, formaban aquella república celeste que sería inconcebible hoy sin los restos monumentales que ha respetado el tiempo, sin las memorias de la tradición y la voz de la historia.

A este monstruoso desorden de la razón y de los sentimientos en sus relaciones con las creencias y con el culto, era consiguiente, católicos, el desorden de las costumbres: porque si la religión, con sus dogmas, con sus preceptos y con sus prácticas, es el todo para la perfección y dicha del género humano cuando es la religión verdadera, es también una corriente de males para el individuo y para los pueblos cuando es falsa en sus principios, caprichosa en sus formas, bárbara en sus prácticas y esencialmente anárquica en su conjunto, como lo era el politeísmo. El Padre del Baustista, inspirado en los momentos de recobrar el habla para cantar el advenimiento de la felicidad á la vista de su hijo destinado para ser el Precursor del Mesías, resumió en dos palabras el estado del mundo en los momentos en que ya estaba para instituirse por Jesucristo mismo, después de sacrificado en la Cruz, la misión sublime del sacerdocio



cristiano. Este mundo, que había de ser el objeto de tal misión, como un ministerio de gracia y de felicidad para multiplicar los frutos de la Redención, se presentaba entonces á la vista del Profeta "sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte." tinieblas que representaban ó la negación ó la falsedad de la religión, muerte que explicaba los últimos extremos de la corrupción y gangrena del órden moral.

No me detendré, pues, hermanos míos, á trazaros en sus tristes pormenores aquel odioso cuadro: no señalaré con el dedo, á la vista de su inconcebible conjunto, aquellos dos tercios del género humano esclavizados para servir á las pasiones de sus odiosos señores, á fomentar sus infames placeres, á mantener siempre vivas y cada día mas impetuosas las corrientes mortalmente pestíferas de la sensualidad. No os hablaré de aquel señorío que disponía libremente de la vida y de la muerte, conservando ó sacrificando á los miserables esclavos, agotando sus fuerzas mientras podían servir á sus crímenes, y abandonándolos á la muerte cuando ya tocaban á la vejez. No traeré á la memoria el deplorabilísimo desconcierto de la vida doméstica en los tiempos del paganismo, consiguiendo á la condición miserable de la muger, reducida á la mas odiosa esclavitud, tiranizada en su vocación, sacrificada en su estado, sin libertad mas que para gemir, y alternando, digámoslo así, entre el vandalismo de la hermosura ó la esclavitud del matrimonio. Tampoco llamaré vuestra atención hácia esa Roma de los recuerdos y de los encantos, de las debilidades y del heroísmo, de los vicios y de las virtudes, reina de todos los tiempos en medio de sus vicisitudes diversas, Metrópoli del mundo antiguo por sus rápidas y universales conquistas, propietaria de la antigua sabiduría por sus afanosas tareas, émula de la Grecia con el poder de la palabra, noble y severa cuando se consagra al culto de la libertad en los mejores tiempos de la república, caprichosa pero irresistible cuando inmóvil con el cetro dominaba sin contradicción en el mundo, para mostraros aquellos circos, aquellos anfiteatros, pasando por tan diversos destinos, erigidos por la fastuosa vanidad al recreo, transformados en teatro de la muerte para los placeres de la vida por aquellas cortes, gastadas en sus infames deleites, que multiplicaban los espectáculos de sangre para buscar estímulos; aquellos millares de gladiadores despedazándose entre sí, ó devorados por las fieras, adulando á los magnates con la muerte y divirtiéndolo al pueblo espectador con la sangre, ni aquella curiosidad inexplicablemente cruel que parecia despoblar al mundo en la sucesiva concurrencia de los espectadores, para recogerle estático en sus sangrientos espectáculos. No: llena está la histo-

ria de estas tristes narraciones, de estas escenas que, aun despues de tantos siglos, nos hacen estremecer. Ninguno de vosotros ignora que el mundo resucitó despues de Jesucristo, y por esto la Iglesia le pinta con su innata sublimidad é inimitable belleza, matando la muerte con su muerte y restaurando la vida al salir triunfante del sepulcro. Si, aquellas tenebrosas épocas, aquellos corrompidos pueblos, aquellas sociedades tan brillantes como bárbaras, volviendo al caos despues de sus filósofos, consumidas en los vicios despues de sus moralistas, alternando entre la insurrección y la tiranía despues de sus legisladores, no eran sino tinieblas y muerte, segun la sublime expresion del Profeta. Si, hermanos míos: todo había concluido ya, cuando se soñaba en una existencia vigorosa: los instintos perdieron su poder, los resortes morales su energía, los sentimientos nobles su objeto, los vínculos de la naturaleza su intimidad y su fuerza, las costumbres su regla, la virtud sus tipos, el vicio su freno, la legislación su base, el poder sus diques, la autoridad su ascendiente moral, la obediencia sus estímulos, el órden su aplomo, la sociedad sus condiciones, la razón su luz y la humanidad su vida.

¿Cómo salir de un estado tan lastimoso? ¿Cómo producir en el mundo una transformación que manifestamente supera la posibilidad humana? ¿Dónde hallar la potencia, el fulcro y la palanca para mover estos dos mundos, estas dos secciones del género humano, el judaísmo y el gentilismo, y sobre las ruinas del Panteon y la Sinagoga levantar el augusto y nuevo templo en que resida el verdadero Dios, y recoja los tributos de todos los pueblos convertidos, y reciba un culto en espíritu y en verdad? Desarraigar la idolatría de toda la tierra, destruir la Sinagoga en el pequeño espacio del mundo en que había residido legítimamente, con su carácter profético y expectante: acabar con aquel politeísmo concertado con las pasiones de un pueblo carnal: destruir el culto de este pueblo encantado en su sepulcro con su poesía y sus espectáculos, con la magnificencia de su sacerdocio y la pompa de sus sacrificios, en medio de un aire embalsamado con los mas ricos perfumes, de los concertados acentos de una música melodiosa, entre los festines, las danzas y los juegos: desarraigar de las masas una creencia y un sentimiento que apoyaban al mismo tiempo la antigüedad con sus viejas tradiciones, la filosofía con sus artificiosos paralogismos, la elocuencia con su acción irresistible, la poesía con sus atractivos y embelesos: hacer sacrificar á un tiempo mismo aquella incontable multitud de deidades ante la sencilla y misteriosa creencia de un Dios trino y uno, aquella muchedumbre de templos adornados con los tesoros de



la tierra, engalanados con los trofeos de la victoria, sostenidos con el poder de la legislacion, apoyados en la autoridad de la magistratura, y todo esto ante una Cruz de madera que habia servido de suplicio: hacer enmudecer las pasiones en presencia de una lei de sacrificio, inmolar el orgullo ante la humildad, el egoismo ante la caridad, la molice ante la penitencia: desconcertar todos lo poderes de la humanidad en su extravio ante la sublime abnegacion del Evangelio; y esto en un tiempo en que las instituciones, las artes, las ciencias y las letras eran otros tantos obstáculos para la verdad y para la virtud, en el siglo que lleva el sobrenombre de siglo de oro, porque Roma reinaba ya sobre el mundo no solo por sus armas y por sus leyes, sino tambien por la perfeccion del gusto, los prodigios de la erudicion, el poder de los talentos y aquellas obras maestras del genio que detienen todavia en sus magestuosas ruinas la mirada extasiada del viajero: producir como por instantes en la mente ciega y el corazon corrompido de toda la humanidad un cambio absoluto de ideas, de sentimientos y de costumbres, haciéndola pasar, sin los artificios de la lógica ni los recursos de la elocuencia, sin el influjo de las riquezas y del poder humano, sin el ascendiente del rango y la sabiduría del siglo, sin la intervencion de la guerra y los prestigios de la gloria, sin el empleo de legiones armadas ni fanatizadores ilustres, de las tinieblas á la luz, de la carne al espíritu, del desorden á la regla, del deleite á la austeridad, del pecado á la gracia, de la muerte á la vida y de la tierra al cielo.... ¡Ah, hermanos míos! ¡Qué empresa! Para concebirla solo, y no ya para ejecutarla, era impotente la razon de todos los filósofos y la erudicion de todos los sábios!.... ¡Quién podrá, pues, acometerla? No temáis: estaba decretada por la Omnipotencia y prometida por la Misericordia, preparada por cuarenta siglos proféticos y vagamente encubierta en las diferentes tradiciones é instituciones del paganismo: sonaba ya la hora fijada para su principio en el gran reloj de los siglos.....

El Sacerdote eterno reúne á sus apóstoles, ántes de subir al cielo, para constituirlos ministros de su autoridad, instrumentos de sus designios, depositarios de su poder y distribuidores de su gracia en todos los pueblos y en todos los siglos: les envia despues al Espíritu Santo, para enriquecerlos con sus Dones, y al momento mismo sorprenden en su alma una luz verdaderamente divina, en su corazon un ardiente celo, en todo su ser una fuerza desconocida. Sienten aligerarse su cuerpo, digámoslo así, y cual si tuviesen las alas del águila vuelan mas que caminan para repartirse el mundo y llevar á todas partes el Evangelio de la paz y el Evangelio del bien:

bajo sus piés parecen aplanarse las montañas y consolidarse los mares: marchan conquistando, avistan playas desconocidas, abren sus labios y al acento imponente de aquella voz misteriosa los pueblos humillan su fren ante la Cruz del Salvador.

“Bien pronto recibieron el Evangelio Judéa, Italia, Grecia, Egipto, las provincias que baña el Eufrates y que circunda el mar Egéo; edificáronse iglesias en Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Laodicéa y Filadelfia. Damasco, Alepo y Antioquia eran ilustres en Siria, Chipre y Creta: la Trácia y la Macedonia acogieron á los apóstoles que llevaron el Evangelio á las antiguas repúblicas de Corinto, Esparta y Atenas. La gerarquía vigorosa de los magos persas cedió tambien á los discípulos de Jesus; la Siria y la grande Armenia abrazaron su fe; Santiago la propagó por España, y á las tribus errantes del Cáucaso la llevó una cautiva cristiana. A despecho de los huracanes la nave de San Pedro bogaba victoriosa en el mar proceloso del mundo, sujetando á su poder sus encrespadas olas, y la luz del Evangelio alumbraba las tinieblas del imperio, y caminaba á destruir del todo las tinieblas del gentilismo.”<sup>1</sup>

Seguid, católicos, el paso de esta sagrada legion formada con los sucesores de los apóstoles, que habian rendido su jornada en el martirio, por esa huella de sangre que tres siglos de persecucion ha dejado señalada en la carrera del tiempo: ved ese pueblo que se multiplica en proporecion con que se trabaja por exterminarle, ese pueblo convertido por el sacerdocio, gobernado por el sacerdocio, sostenido en medio de las mas terribles pruebas por el sacerdocio, ese pueblo que, borrando con su creencia, con su lei, con su culto, con su moral, con sus sentimientos, con su virtud todas las líneas trazadas en el mapa de las naciones para dividir á los Estados, inaugura en los dichosos tiempos de la plenitud al verdadero Pueblo—rei compuesto de todos los pueblos de la tierra, al pueblo católico, á la Iglesia de Jesucristo, cuya luz espléndida se derrama por todas partes á un mismo tiempo, cuya lei es acatada de un cabo al otro de la tierra, y cuyo culto recoge dia por dia y hora por hora al pié del trono del Omnipotente los tributos de fe, de esperanza y amor de todo un mundo convertido.

¡Qué mudanza! ¡Qué cuadro! El Judaismo y Gentilismo, reducidos á la última extremidad, se pierden, como dos gotas inmundas en el oceano, entre ese pueblo inmenso que se llama catolicismo: la verdad en su integridad, en su pureza y en su soberanía, domina en todas las inteligencias, y bajo el magisterio divino de la

1 Melguizo: el sacerdocio y la civilizacion, tom. I, pág. 42.



Iglesia triunfa de todos sus enemigos: el sabio se pierde con su razon y con su doctrina en los abismos del misterio, adora el arcano y se siente mas ilustrado y mas fuerte despues de sus homenajes: el niño y el aldeano parecen dominar esta doctrina sublime cuando se les brinda en sus sencillas parábolas y en el bien sentido y claro lenguaje de la enseñanza cristiana: el culto, borrando las líneas que dividen las tres épocas del tiempo, viviendo con sus plegarias fervorosas en la region de los muertos, como domina por la expansion de su caridad en todas las regiones y estados de la vida, y abriendo incesantemente á la esperanza los inefables goces de un porvenir que no ha de acabar, ha hecho un mundo infinitamente mayor que el que existia. El entendimiento, esta potencia versátil que habia hecho todas las correrías y sufrido todos los naufragios, reposa tranquilo en el seno de la fe, poseedor de una verdad infalible. La voluntad inicia y prosigue una carrera de virtudes que atraen constantemente las miradas de Dios y la admiracion del hombre: la humildad nivela á los grandes con los pequeños, como la inagotable munificencia de la caridad á los ricos y los pobres: ante la infinita supremacia del Rei de los reyes, reconocido, adorado y temido como la fuente del poder, parecen aproximarse las distancias inmensas que ántes separaban de los simples súbditos á los señores del mundo, y por último, fija en la virtud y en la fidelidad á la lei eterna la razon del merecimiento y el titulo de la gloria, y llamados indistintamente y por igual á este noble destino todos los hombres, desaparecieron el rango, la casta, la raza, la condicion y todas las prerogativas y excelencias que ántes alimentaban la vanidad y el orgullo, para ceder el campo de la dignidad, el poder y los derechos á la admiracion y al amor, á los pobres de espíritu, á los mansos y humildes de corazon, á los celosos amigos de la justicia, á las almas generosas que no saben corresponder el ultraje y el aborrecimiento sino con la beneficencia y el amor, á los que disfrutan la paz de una conciencia pura, y á los que todo lo sufren y toleran en la línea de los padecimientos, y todo lo desprecian en la esfera de los goces para salvar con la posesion de la justicia sus títulos á la felicidad.

¿Cómo encarecer, católicos, la importancia de los servicios prestados por el clero á la humanidad con solo haber acabado con el monstruoso politeísmo, reemplazado con la moral mas pura las máximas corruptoras del gentilismo, y hecho suceder á los horribles desórdenes de las costumbres paganas el cuadro vivo y animado de las esclarecidas virtudes del Evangelio? Aquellos atletas de la Cruz que, sin mas armas que la paciencia para morir, triunfaron de

los césares al cabo de una persecucion de tres siglos; aquellos confesores que en el seno de las catacumbas, como en los yermos y desiertos, cultivaban, hasta el heroísmo las mas grandes virtudes; aquellos pueblos de vírgenes que embalsamaban las soledades con los perfumes de esta flor angélica que conservaban intacta y cada día mas bella entre las espinas de la austeridad; aquellos anacoretas, misteriosos habitantes de las ignoradas grutas, que domeñaban con su santidad hasta las fieras de los montes; aquellos doctores de la Iglesia, resúmenes prodigiosos, ó mas bien, áncoras que salvaron todo el saber antiguo del naufragio de las edades, y haciendo entrar todas las ciencias y las letras en el círculo de su pensamiento, y haciéndolas pasar por el crisol de la fe, dieron una nueva juventud, un retoque de belleza y una prodigiosa fuerza de accion á todas aquellas concepciones gigantescas que han hecho para siempre célebres y en cierto modo mágicos los nombres de la Grecia y de Italia: aquellas instituciones consagradas, por decirlo así, á las sublimes reservas del Evangelio, en que traspasándose los términos de la lei se lanzaba el hombre á la region de los consejos para encumbrar el vuelo á la mas alta perfeccion, despedia desde los santos y solitarios muros las riquezas y los honestos goces de la vida, y cortaba los vínculos de las mas caras y tiernas conexiones, y renunciaba al espacio en cambio de una estrecha clausura, é inclinaba la voluntad ante la cadena de la obediencia, y no apreciaba el tiempo sino por la velocidad de su carrera para llegar al punto en que espiran sus últimos instantes y comienza el día de la eternidad; aquellas riquezas prodigadas en el seno de la indigencia, aquellos rangos altísimos humillados ante la humanidad doliente ó bajo el azote de la austeridad: todo esto, católicos, ¿cómo es posible que quedase aprisionado dentro de los estrechos límites de la vida individual y que no animase la economía doméstica y trascendiese al cuerpo de la sociedad?

No: el sacerdocio cristiano, en su acción infatigable y constante, tenia que fructificar en todo y para todo, y de hecho, apenas sale de las catacumbas y hace brillar á toda luz la maravillosa economía de la sociedad católica, cuando por este solo hecho regenera instantáneamente, digámoslo así, toda la sociedad civil, y no descansa en su taré de instruccion y moralidad, de ejemplos y de accion, hasta no inaugurar en el mundo por el comun reconocimiento y eficaz accion de sus principios una sociedad política.

Tirando la línea que divide acá en la tierra el sacerdocio y el imperio, pero lanzándolas entrambas atrevidamente hácia la eternidad, para sumergirlas en Dios como primer principio, Legisladoresu-



premo y último fin de toda sociedad, sentó sobre la religion el edificio de la política, dando al Estado una constitucion divina; fué dó en la moral cristiana los deberes sociales y la legislacion civil, dando motivos elevados y nobles á la obediencia y revistiendo el mando con la magestad del cielo; asoció á la sancion temporal la sancion eterna, y desde entónces la justicia tuvo las garantías de la conciencia y el órden espiritual obraba invisible pero eficazmente bajo la mano reguladora del órden temporal: la religion con su moral, con sus virtudes, con su expansion inmensa estaba siempre á la puerta para dar su plenitud á todo y suplir con sus recursos divinos la impotencia del poder humano en los lances mas dificiles de la vida social y en las crisis supremas de las naciones.

Ved pues, hermanos míos, no el todo ciertamente, sino solo algunos puntos de la inmensa esfera de accion en que se ha colocado siempre el sacerdocio para distribuir sin medida los mas grandes beneficios á la humanidad. Obligado á reducirme en un asunto tan vasto y traspasando siempre los límites á que hubiera querido sujetarme, solo he dado temas á vuestro pensamiento y primeros móviles á vuestra reflexion. ¿Cómo excusar, pues, la cruel pertinacia con que se combate al sacerdocio y la ingratitud con que se le persigue? Mas ¡ah! pluguiese al cielo que esta institucion venerable y santa, que ha pasado por el mundo y los siglos haciendo el bien á pesar de las debilidades y miserias de la naturaleza humana, no tuviese mas adversarios que los ciegos que la desconocen y los ingratos que la persiguen! Pero sucede de otra manera: militante por destino y destinado á imitar á su divino Fundador, que desconocido de los judios y condenado á muerte por los gentiles, sufre tambien el abandono de sus apóstoles y discípulos, el Sacerdocio parece condenado tambien, como la experiencia lo acredita, principalmente en estos últimos tiempos, á luchar con el retraimiento, con la tímida reserva y aun el positivo abandono de los que se apellidan suyos, último punto de vista que reservo á vuestra consideracion para concluir este discurso.

### TERCERA PARTE.

Si es extraño, católicos, que aun haya ciegos que desconozcan la institucion divina del Sacerdocio, despues de esa espléndida luz que por mas de diez y ocho siglos no ha dejado un solo dia de brillar en el mundo: si es increíble que una tribu destinada exclusivamente á la gloria de Dios y bien de la humanidad, y cuya larga y universal historia es la personificacion del bien sobre la tierra, halle todavía innumerables enemigos ingratos que la odien y persigan, ¿qué os diré de ese mundo creyente que, conociendo el carácter sagrado, la beneficencia universal, el poder y la gloria del Sacerdocio, y hallándose mas acechado que nunca por el enemigo del reino de Jesucristo sobre la tierra, permanece, sin embargo, frio espectador de la mas odiosa lucha, cuerpo retraido de combatir al lado de su bandera, testigo impassible y á veces desdenoso de la horrible y universal persecucion que la Iglesia y sus ministros están sufriendo en todas partes, y mui particularmente entre nosotros? Que esto constituye el fenómeno mas estupendo que nos presenta la historia, lo que hai de mas extraño y repugnante en el carácter, de mas insensato y peligroso en la conducta, y que seria increíble y á todas luces inconcebible á no estarlo viendo con nuestros propios ojos.

Este carácter moral es de suyo tanto mas difícil de corregir, cuanto que representa por una parte la ineficacia de las luces recibidas, de los preciosos frutos ántes gustados y de la gracia cuya accion simultánea con la naturaleza tiene tanto poder en la felicidad, y por otra la frialdad, la inercia, que son, digámoslo así, los síntomas de muerte de una sociedad.

Pero ¿qué! ¿los ministros de la palabra evangélica debemos desfallecer ante las dificultades de esta situacion la mas terrible de todas? El Profeta, cubierto de ceniza y de silicio, lanzaba sus ayes y lamentos lúgubres hácia la Jerusalem descreída, para ver si la arrancaba de los bordes del abismo por la eficacia poderosa de una reaccion moral. Jesucristo dejó caer sus lágrimas amargas sobre esta misma Jerusalem cuyo exterminio estaba mirando, y que parecia evitar con aquella terrible profecía. No faltaron voces au-